

25
05 Cop.
Traducción de
JUANA SALABERT

Transcripciones de nombres árabes
SUSANA PEÑA JIMÉNEZ

ISLAM

Civilización y sociedades

por

PAUL BALTA

(comp.)

Prefacio de

FRANCIS LAMAND

Roger Arnaldez, Patrick Baudry, Claire Bélis,
François Burgat, Olivier Carré, Gilbert Cotteau,
Anne-Marie Delcambre, Hélène Heckmann,
Francis Lamand, Françoise Micheau, André Miquel,
Edith Moller, Djamchid Mortazavi, Abdelkader Rahmani,
Abdus Salam, Tidiane Sall, Habib Tengour, Gilles Veinstein

SIGLO


- 1996 Afganistán: toma de Kabul por los talibanes, que fueron derrocados en diciembre de 2001 por los americanos.
- 1998 Osama Ben Laden, refugiado en Afganistán, crea el grupo yihadista Al Qaida, La Base.
- 1999 Libia: diciembre, la ONU levanta el embargo y las sanciones que se habían decidido en 1992.
- 2000 Palestina: la Liga árabe adopta una proposición de Arabia Saudí por la que este país se ofrece a normalizar las relaciones con Israel contra la evacuación de los territorios ocupados en 1967. Israel lo rechaza. Bloqueo del proceso de paz.
- 2001 5-8 mayo: Juan Pablo II visita Damasco. Primer Papa que visita una mezquita. Continuación del diálogo islamo-cristiano iniciado en Roma por el Concilio Vaticano II (1962-1965).
11 de septiembre: atentados de Al Qaida contra Nueva York y Washington: 3.000 muertos civiles.
- 2002 Debates entre los islamistas. Muchos dan la prioridad a la *Daawa*, Llamada, Predicación sobre la *Jihad*, guerra santa.
- 2003 Intervención militar de Estados Unidos en Irak. Saddam Hussein derrocado y arrestado.
Shirin Ebadi, iraní, primera musulmana en obtener un Premio Nobel (el de la Paz).
- 2004 Marruecos. Febrero: la *moudawana* establece la igualdad entre hombres y mujeres.
11 de marzo: atentados de Al Qaida en Madrid.
- 2005 Arabia Saudí. Elecciones municipales, las primeras en la historia del país, en el cuadro de reformas encaminadas hacia la democratización.
7 de julio: atentados de Al Qaida en Londres.
- 2006 Kuwait: Masuma al Mubarak, primera mujer ministro (Planificación). Las mujeres pueden ser elegidas en el Parlamento.

8. LAS PRIMERAS CONQUISTAS

ANDRÉ MIQUEL

Un siglo después de la muerte de Mahoma, los árabes han conquistado un inmenso imperio que se extiende desde el Atlántico hasta el Indo. Se ha explicado esta epopeya por el fanatismo conquistador. André Miquel, arabizante y profesor en el Colegio de Francia, muestra las causas profundas de estas conquistas, tan rápidas y sin embargo tan duraderas.

Tras la muerte de Mahoma, en 632, le suceden los califas: después de los cuatro primeros, Abu Bakr, Umar, Uzmán y Alí, designados por una asamblea de compañeros del Profeta, viene la dinastía omeya, que, desde Damasco, reinará desde 661 a 750. Entre tanto, el viejo mundo cambiará de rostro. La sola enunciación de las fechas basta para expresar la gran conmoción: 635, caída de Damasco. En 636, le toca el turno a Irak y luego, a partir de 640, a Egipto. Los años 642-644 ven a los ejércitos musulmanes en Irán y en Tripolitania. A partir del 650, todo el nordeste iraní es conquistado. Cien años más tarde, el Islam se extiende hasta España, Asia central y el territorio del actual Pakistán. La misma Constantinopla ha sufrido varios ataques por mar y tierra. Balance: apenas en poco más de un siglo, el Islam ha unificado en un solo conjunto el Imperio de Alejandro y la mitad meridional del Imperio romano. Esto conduce, evidentemente, a preguntarse cómo y por qué algunos millares de hombres, mal equipados y armados, surgidos de un país considerado hasta entonces como marginal en la historia, han logrado esta impresionante serie de victorias, de «aperturas» del mundo a la fe nueva, como dice la tradición del islam.

Ante todo, hagamos tabla rasa de una explicación propuesta a veces: un brusco cambio de clima, una súbita agravación de las condiciones naturales, que habrían impulsado en un mismo movimiento a poblaciones famélicas al asalto de las ricas tierras del entorno, de la famosa media luna fértil que se extiende desde Egipto a Mesopotamia pasando por las llanuras sirias. Además de que nada en la historia

conocida del clima autoriza a apoyarse en semejante fenómeno, se comprende mal cómo una masa heterogénea, sin proyecto político, habría podido mantenerse en los territorios conquistados, y, aún más, habría logrado imponerles su propia identidad.

Volvamos a cosas más serias. A la fe, ante todo. Aunque el historiador de hoy no pueda hacer de ella el único factor del éxito, el entusiasmo de los primeros creyentes y, por qué no, el de sus sucesores, no puede descartarse con un simple manotazo. Muy al contrario, la promesa del Paraíso hecha a los que murieran en el camino de la fe, el ejemplo del Profeta, el compromiso de sus compañeros, los primeros muertos en combate que daban al Islam sus primeros mártires, todo eso desempeñó, sin duda, un papel considerable.

El historiador no estima inconciliables, entre el número de factores a poner en juego, los dos elementos de la fe y del deseo de riquezas, de la conquista de la tierra para Dios o por ella misma y por todo lo que puede dar. Reconocida así la parte, la justa parte que corresponde al entusiasmo de los creyentes, puede clasificarse la salida de los árabes de su península natal entre los grandes movimientos de una humanidad que, durante largo tiempo, fue nómada.

I. UN INSTRUMENTO DE CONQUISTA: LA POLÍTICA DEL DROMEDARIO

El avance hacia los países fértiles del entorno y, más tarde, hacia la Tripolitania o las costas y valles de África del norte, no ofrecía dificultades de terreno ni de clima a los recién llegados y a su animal predilecto: el camello. Los obstáculos comenzaban allí donde el relieve y la vida de las montañas o de otros desiertos les confrontaban a condiciones nuevas y a poblaciones, sedentarias o nómadas, bien instaladas y acostumbradas. Era el caso de África del norte, donde los árabes se vieron relevados, para la conquista de España, por los beréberes convertidos. Era también el caso de las altas tierras de Irán y de Asia central donde, una vez rotas las resistencias, las poblaciones locales asumieron el mismo papel, con el dromedario de Arabia relevado por su hermano de la región, el camello de dos gibas llamado de Bactriana.

Esquemáticamente, hubo, pues, dos fases, las del avance inicial y del relevo, y dos fases de expansión; los árabes proporcionaron en la primera la mayor parte cuando no la totalidad de las tropas, y el encuadramiento en la segunda.

Militarmente hablando, la cuestión que se plantea es la de saber cómo grupos hasta entonces especializados en las correrías y en las luchas intertribales pudieron vencer a ejércitos institucionales, bien equipados y con una larga tradición guerrera. Es innegable el genio de algunos de aquellos capitanes que supieron disciplinar a una tropa a menudo heteróclita y hacer frente, en los combates terrestres, a los pesados equipos de los ejércitos bizantinos y persas, compensando la ligereza de los primeros armamentos —sable, lanza y arco— con el entusiasmo y el ardor de soldados poco avaros de sus vidas. Naturalmente, la táctica ayudó también. Para remediar la insuficiencia de medios se recurrió a la movilidad, que enloquece tanto más al adversario cuanto menos móvil es, que permite, al concentrar las fuerzas en un punto del frente, compensar la desventaja inicial y, con el entusiasmo guerrero por añadidura, romper las líneas, envolverlas para cercarlas o para crear la desbandada.

La presencia de los recién llegados se traduce, en los hechos y en los símbolos, por la creación de ciudades, que afirman estar ahí para siempre. Tres al menos de esas primeras fundaciones estaban llamadas a un gran destino: Basora, El Cairo y Qairawán, ciudades de guarniciones, ciudades de tribus instaladas, ciudades, en suma, maravillosamente situadas en encrucijadas estratégicas y comerciales, en las que estaba ya inscrita la historia por nacer: la de un mundo joven, nuevo, que venía a reemplazar a civilizaciones declinantes o consideradas como tales, la de un mundo abierto al Mediterráneo, a las profundidades de Asia y a los mares del Extremo Oriente, la de un mundo abierto al resto del mundo.

Bizancio y la Persia de la dinastía sasánida, en confrontación perpetua, larvada o abierta, no estaban ciertamente preparadas para esperar que el peligro viniera de donde venía, de ese lejano sur, de esa Arabia de la que les separaban Estados tampones, vasallos, que pronto serían arrastrados por la tormenta. Un factor importante, y tal vez decisivo, explica, con los demás, la facilidad de la conquista árabe: el estado de crisis en que vivían los países de Oriente Medio y sus pobla-

ciones, duramente afectadas, incluida la de Egipto, por la última guerra entre los dos imperios desde 606 a 628. En Irán, los fastos del poder, la fuerza militar de su caballería y de sus elefantes, el oro amasado, los beneficios del comercio lejano y el control de las rutas, marítimas o terrestres, con el Extremo Oriente y África oriental, enmascaraban mal los sobresaltos del aparato estatal, las crisis dinásticas y, sobre todo, las tensiones sociales ante la riqueza acaparada por una minoría, el declive de la pequeña nobleza agraria y el empobrecimiento de las masas urbanas; todo un terreno cultivado, en el siglo VI, por el gran movimiento «comunizante» del mazdakismo, un terreno preparado para recibir el mensaje igualitario del Islam.

En Bizancio, la situación, no menos grave, se presenta de forma diferente. Aquí no nos hallamos ante un conjunto nacional como el de Irán, sino ante países bajo dominación extranjera, ante ciudades que simbolizan ese dominio, ante poblaciones rurales que permanecen refractarias a una lengua, el griego, más o menos importada o considerada como tal, lengua de «élites», en todo caso, frente a las lenguas nacionales, como el arameo en Siria y el copto en Egipto; en fin, ante una doctrina oficial e imperial, la de la Trinidad, frente a muchas otras interpretaciones del misterio cristiano que se resisten a ser desarraigadas. La aparición del Islam, de gentes surgidas del profundo Oriente, podrá tomar, contra Bizancio, aires de liberación.

II. ¿FIELES O GUERREROS? UNA INVASIÓN PACÍFICA

Frente a sociedades tan frágiles, los árabes aportaban nada más ni nada menos que un proyecto de vida. Una fe que se resumía en una fórmula simple: un solo Dios, anunciado por el que cierra la serie de los profetas, Mahoma. Un código: el de la vieja Arabia, pero con valores sublimados y transformados por el nuevo mensaje, en el que el honor del creyente releva al del nómada pagano. Un sistema social cuya teoría se resume en una palabra: la solidaridad entre hombres iguales entre sí por ser musulmanes. Nunca se evaluará en su justa medida el carácter revolucionario de la irrupción del joven islam, la claridad de su credo y su voluntad de cambiar, para mejorarlo, el mundo de los

hombres. Había en todo esto no sólo razones para vencer, sino también para hacerse aceptar.

Pues tal vez sea en eso en lo que reside, en último análisis, el secreto de los primeros éxitos del Islam: supo hacerse aceptar en la vida cotidiana, tanto al menos como supo imponerse por la fuerza de las armas cuando fue preciso. Sin caer en la hagiografía, y juzgando el acontecimiento histórico como es debido, es decir, en relación con su época y sus valores, hay que afirmar claramente que entre todas las irrupciones que nuestra tradición escolar denomina las grandes invasiones, la menos sangrienta y, por decirlo todo, la más humana fue ésta. Un símbolo: Jerusalén, tomada por el califa Umar sin efusión de sangre, vivo reproche a lo que será más tarde la llegada de nuestros antepasados, los cruzados, que chapotearán en la sangre vertida, una sangre tanto cristiana como musulmana.

Naturalmente, esta tolerancia global del Islam medieval no puede satisfacernos hoy, ya seamos cristianos, musulmanes, fieles de otras religiones o ateos. Pues lo que necesitamos es fraternidad, igualdad, en el marco de los Estados de derecho. Y Dios sabe que nuestra época nos demuestra aún cuán difícil es esto. Pero en el siglo VII la tolerancia era un progreso, ¡y qué progreso!, y con largos siglos por delante: es el Imperio otomano, con su capital Estambul al frente, el que acogerá a los judíos europeos víctimas de los pogromos, los de Bohemia, Austria y Polonia, y luego, después de 1492, los de la muy católica España victoriosa del Islam.

III. Y LOS NÓMADAS SE HACEN FUNDADORES DE CIUDADES

Volvamos al proceso mismo de la conquista, y para eso distingamos ante todo la que a menudo se olvida: la de la misma Arabia. Fenómeno urbano, nacido en una ciudad, el Islam sólo progresó al principio, y muy poco, en el desierto. Hubo que convencer a sus moradores, hasta después de la muerte del Profeta, por la predicación o por las armas. Hecho eso, o en trance de hacerse, se planteaba la cuestión de qué había que entender por árabes. ¿Sólo los de la península o también todos aquellos, nómadas, caravaneros o sedentarios, que pobla-

ban la estepa hasta los confines de Egipto, Siria, Irak y de la alta Mesopotamia?

Investigaciones recientes demuestran que Mahoma y sus compañeros tuvieron un proyecto coherente, tanto político como religioso, de reagrupar a todo el pueblo árabe, el de la península y sus inmediaciones, en torno al texto sagrado que había sido revelado en su lengua y se constituía así, de golpe, en el mejor fermento de su unidad, de una comunidad (*umma*) que era la de los creyentes, sin duda, pero también la de un pueblo y casi ya la de una nación.

Mahoma había sabido, sobre la fe del Corán y por primera vez en la historia, reunir a los árabes, derivar sus viejos antagonismos tribales hacia un proyecto que les sobrepasaba, dar a la tradicional movilidad beduina un exutorio hacia fuera de sí misma. Este agrupamiento árabe, desde el momento en que llegara a desbordar los límites con los países vecinos, no podía dejar de entrar en conflicto con las dos potencias establecidas, Bizancio y Persia. ¿Lo había previsto Mahoma? El hecho es que el Corán cita a los *rum*, los «romanos» de Constantinopla, como enemigos con los que hay que hablar con las armas en la mano. El hecho está ahí, en todo caso, el de la conquista, y una conquista que, esta vez, sobrepasaba el marco árabe y proponía al Islam mucho más: ni más ni menos que el mundo.

Para las poblaciones de los países vecinos, ¿cabe hablar de extranjeros recién llegados? Guardémonos de evocar, en paralelismo con otros contextos, la imagen de una irrupción de bárbaros en tierras y poblaciones que los vieran llegar con sorpresa. Conocían a esos árabes que llevaban sus caravanas a sus ciudades. Algunos, nómadas, formaban parte del paisaje de lo que podríamos llamar próximos o lejanos arrabales. Pero esa vez ocurría que llegaban en gran número, con un credo religioso y con un proyecto social hechos para seducir, como ya hemos dicho antes. Por tratarse más precisamente de religión, insistamos en el hecho de que, en Egipto y en Siria, el credo trinitario oficial no había borrado las innumerables escuelas que continuaban enzarzadas en plantear el problema de la naturaleza de Cristo o, en otras palabras, de la unidad de Dios. Entre todas aquellas, había una, y no de las menores, la del arrianismo, que negaba la divinidad de Cristo, reservándosela sólo a Dios. Ahora bien, el Corán dice lo mismo, y de todos modos, con arrianismo o sin él, llega a un terreno agita-

do, perturbado, al que propone un enunciado simple. Aparece, frente al trinitarismo oficial impuesto por Bizancio, por el extranjero, como el heredero y el defensor de lo que piensa sobre ello el Oriente profundo.

El fenómeno ha funcionado también fuera, sobre todo en la España visigótica, uno de los bastiones del arrianismo, hasta tal punto que algunos, no sin cierta exageración, han podido sostener que fueron los propios españoles los que se conquistaron a sí mismos para el Islam. En España y en otras partes, de todos modos, el advenimiento del nuevo mensaje se acompañó de otras medidas particularmente eficaces: el mantenimiento, durante decenios, de las administraciones establecidas, el reconocimiento a los judíos y a los cristianos, mediante un impuesto especial, de la libertad de practicar sus cultos y de ser juzgados, en el caso de que un musulmán no estuviese implicado, por sus tribunales rabínicos o episcopales. Lo demás siguió naturalmente: las conversiones, facilitadas por el deseo de escapar al impuesto, el uso del árabe, pronto promovida como lengua oficial y de comunicación, etc. Continúan en pie los misterios atinentes a la amplitud y a la rapidez de estos procesos engendrados por la conquista. Todavía en nuestros días suscitan los estudios de los investigadores. Pero todo esto demuestra al menos una cosa: que la fuerza, por sí sola, no hubiese bastado para producir esa gran conmoción de una historia que continúa siendo nuestra.

PARA PROLONGAR ESTE CAPÍTULO

Esta contribución, aparecida en el número especial «Islam» de *Notre Histoire* (núm. 44, abril de 1988, París), ha sido reproducida con la amable autorización del autor y de la revista.

Christian Décobert, «Les mécanismes de la conquête arabe», *L'Histoire*, núm. 105, noviembre de 1987.

Un vasto fresco está esbozado por André Miquel en *L'Islam et sa civilisation*, París, Armand Colin, 5.^a ed., 1990.

